

mento, cosa que tenga vislumbres de razón, aparato siquiera de perorata que semeje una acusación fiscal. Sólo el temor de tener que sufrir sentido, sin posibilidad de echar á correr, la elocuencia fulminea y lopecera que el martes me apedreó los oídos, me hubiera curado desde el día en que pensaron en engendrarme de la afición á ser acusado en juicio en que ejerza de acusador quien en el teatro de la judicatura podrá brillar en todo, menos en papel en que haya que hablar concretamente, por lo cual ruego al alto Jehová, ó á cualquiera de los dioses que quiera escucharme, que intriguen porque al precitado López le hagan emperador de la China ó preste de las Indias, ó archimandrita, ó general de salón, cualquier cosa que á ellos se les antoje y á él le convenga, puesto que mal no le quiero; pero que le releve pronto de su fiscalía, que viene á ser su potro y el potro de la lengua castellana, que la pobrecilla no tiene culpa la hable cualquier español.

El oficio de fiscal no es ciertamente simpático; pero con todo y eso de acusar y rebuscar argumentos para fastidiar á un hombre, todavía le desempeñan con lucimiento y gallardía aquellas personas ilustradas que se han tomado el trabajo de estudiar lo que son los delitos, el sentido de las leyes, las tendencias de las costumbres y los movimientos de la opinión. Estas personas á que estamos acostumbrados los que tenemos el alto honor de sentarnos en el banquillo de los acusados en Madrid por delitos de opinión, honradamente expuesta con una pluma honrada, en un periódico honrado, se guardan muy bien de rebajar la función de acusador hasta ampararse de ella para denostar impunemente al acusado, porque tienen bastante caletre para comprender que si las leyes son duras, no deben convertirles en groseras, y si estrechas, no hacerlas raquíticas. Eso sólo lo hacen los ignorantones, que, habien-

do de salir del apuro de cualquiera manera, barbotean palabras en vez de argumentos, y salpican de toses é interjecciones lo que no aciertan á rellenar de razones sólidas, de gracias oportunas, ó de terribles y finas ironías.

No pertenece, á pesar de su salpicón de ¡jem!, ¡jem!, ¡jem!, ¡eh?, ¡eh?, ¡eh?, el fiscal López de mis *Dos Benitos del resto* á la segunda categoría de fiscales que he descrito; pero puedo jurar, sin temor al octavo mandamiento del barbudo Moisés, que tampoco pertenece á la primera, pues de pertenecer á ella, hubiéramos visto salir de su perorata el argumento de la acusación, que, en efecto, se quedó entre bastidores, ó sea entre pecho y espalda, lugar angosto y propenso á constipaciones.

En lo único que demostró ser tal fiscal, fué en pedir la agravación de la pena de cuatro años de presidio que parece me he ganado, con 2.000 pesetejas de multa que parece se le habían quedado á él olvidadas, cuando formuló la acusación.

Última hora. En nuevo juicio oral, celebrado hoy viernes, me han pedido, yo no sé cuántos años de presidio, por el artículo *Simbolo del Idiot smo*, porque ya oigo esto de los años como si oyera llover.

CXXXVII]

La prueba evidente de que nadie en este pícaro mundo puede pasarse sin fe, sin novia y sin dineros, es que de novia, bien á tuertas bien á derechas, el que más y el que menos se provee, á excepción de cuatro mentecatos de místicos, que quizá se hacen el amor á sí mismos; de dineros, si faltan, cualquiera echa mano de siete millones de la Caja de Depósitos y se larga con ellos; y en punto á la fe, á pesar de tantísimos camelos como les lleva dados á los católicos, y á los judíos, y á los musulmanes, todavía ellos esperan en la misericordia infinita de sus dioses,

y aun yo mismo tengo mi pizquita de esperanza.

Espero, dicho sea en buena hora, la redención de España por la República, en vista de que, si esto sigue como va, el día menos pensado amanece sin camisa, porque alguien nos la haya robado, y anochece en la cárcel para purgar nuestro descuido, en vista de que el ladrón no parece,

Porque es cosa probada: aquí ya no parecen otros criminales que los republicanos cuando escriben cosas que molestan ó disgustan á los señores fiscales de la monarquía. El asesino de García Vao no ha parecido; el de los niños del Canal, ídem del lienzo; respecto á Doña Luciana Borcino, como ella no ha de hablar, habremos de contentarnos con lo que diga Higinia Balaguer en cualquiera de sus innumerables y contradictorias declaraciones; pero en cambio resulta claro, como la luz del día, que yo he cometido una porrillada de delitos en lo que va de año, merecedores de otra porrillada de años de presidio, según sentencias de nuestros respetabilísimos y autorizadísimos Tribunales de Justicia.

Y, aquí de mi fe, que me hace esperar que la inmensa mayoría de los españoles, sin excluir muchos católicos de buena entraña han de opinar muy en breve si es que ya no lo opinan, de distinta manera que nuestros tribunales; quiero decir, que no es un crimen escribir estas NOTAS, ni el *Símbolo del Idiotismo*, ni las *historias de San Hilarión, San Benito Biscop, San Benitico* y otros santos de mayor ó menor cuantía, que son los delitos porque he sido castigado en estos tiempos de restauración y de hambre, de aburrimento y tedio, de mezquindad y prosa.

Pero ya es hora de que, dejando de hablar de mis procesos, volvamos á la *Profecía de Isaias*, en la que topo las siguientes palabras:

«Vivirán tus muertos, mis muertos resucita-

»rán: despertad y dad alabanzas los que moráis »en el polvo: porque tu rocío es rocío de luz....» en las cuales fundan los católicos, para quienes no fueron escritas, su esperanza de resucitar después de muertos, con los mismos cuerpos y almas que tuvieron, dogma respetabilísimo guardado como con cuatro llaves de todo desfalco librepensador, por cuatro artículos del Código penal; á pesar de lo cual, como es de por sí tan vaporoso, quizá al verificar un arqueo, se encuentren la Iglesia y la Magistratura con que ha tomado las de Villadiego, y que en cualquier cosa creen lo gibosos y los cojos romanistas, menos que en el Paraíso hayan de ir cargados con su giba, ó descargados de sus piernas.

No vaya á pensar el lector discreto, que son solos los católicos los que tienen tal lujo de creencias que, no contentos con creer cuanto les viene en mientes y aprueban los concilios para los negocios de esta vida, todavía se regalan con saber lo que les ha de suceder después de la muerte.

Los fidjianos, que son los últimos de los salvajes, no sólo creen que continuarán su vida en otro mundo, sino que saben que su situación allá será la misma que acá; de donde proceden que tienen grandísimo cuidado de encontrarse ágiles y robustos cuando les sobreviene la muerte, fecundísima idea de donde lógicamente deducen las más graciosas consecuencias.

Y, como no quiero que nadie me crea sobre mi excomulgada palabra, véase lo que dice á este propósito sir Jhon Lubbock en su excelente obra *Los Orígenes de la civilización* que acaba de publicar *El progreso Editorial* en lengua castellana.

«Así, no bien siente un hombre aproximarse »su vejez, notifica á sus hijos que ha llegado la »hora de su muerte. Si descuida hacerlo, los hijos »toman el asunto por su cuenta. Se celebra una

»consulta de familia, se señala día y se abre la
»sepultura. La persona de edad, puede elegir en-
»tre ser estrangulada ó enterrada viva. (*Lo mis-
»mo que hizo el católico Felipe II con su católi-
»co hijo el príncipe Carlos: le dió á elegir el gé-
»nero de muerte; lo que constituye una admira-
»ble concordancia histórico-católico fidjiana.*)

»Mr. Hunt, que presenció una de estas cere-
»monias, la describe en los términos siguientes:

»Un joven fué á invitarlo para que asistiese á
»los funerales de su madre que iban á verificarse
»en aquel momento. Mr. Hunt aceptó la invita-
»ción, y se unió á la comitiva; pero sorprendido
»de no ver ningún cadáver, hizo algunas pregun-
»tas sobre el particular, y entonces el joven le
»señaló á su madre, que marchaba con ellos tan
»viva y animada como cualquiera de los presen-
»tes y no menos satisfecha al parecer. Mr. Hunt
»manifestó su sorpresa al joven, y le preguntó
»cómo había podido engañarle de esa suerte, di-
»ciéndole que su madre había muerto, estando
»viva y sana. El joven respondió que habían ce-
»lebrado el festín mortuorio, y que á la sazón
»iban á enterrarla; que era vieja, y que él y su
»hermano pensaban que había vivido ya dema-
»siado, y que era tiempo de enterrarla, á lo que
»la madre se había prestado gustosa. El había
»ido á buscar á Mr. Hunt para que rezase por
»ella, del mismo modo que pedían al sacerdote
»sus oraciones.

»Añadió que obraban así por amor á su ma-
»dre: que movidos por ese mismo amor, iban en-
»tonces á enterrarla, y que nadie sino ellos podía
»ni debía cumplir esa sagrada obligación. Mon-
»sieur Hunt hizo cuanto pudo por impedir acto
»tan diabólico; pero le dijeron por toda respues-
»ta que era su madre, que ellos eran sus hijos, y
»que debían darle muerte. En llegando á la se-
»pultura, la madre se sentó; sus hijos, nietos y
»demás parientes y amigos se despidieron de ella

»carñosamente; los hijos le arrollaron al cuello
»una cuerda de estopa, dándole dos vueltas; tira-
»ron de los cabos y la estrangularon; después de
»lo cual la depositaron en la tumba con las cere-
»monias usuales.»

«Tan general era esta costumbre—añade Lu-
»bock—que en una ciudad que encerraba varios
»centenares de habitantes, no vió el capitán Wil-
»kes un sólo hombre de más de cuarenta años,
»porque todos los viejos habían sido enterra-
»dos.»

Y tan brutal, inicua y repugnante costumbre
de los fidjianos, pregunto yo: ¿no nace de la
creencia religiosa, de que después de muertas las
personas, van derechitas á otro mundo, que lla-
man Mbulu, á continuar la existencia, con los
mismos cuerpos; si sanos, sanos; si enfermos,
enfermos; si tuertos, tuertos; que acá tuvieron?

Pues con no creer, como no creo yo, una sola
palabra de tales embolismos teológicos, me aho-
rro de tener que matar á mis padres por viejos, y
de otras cosillas que no es del caso decir relati-
vas á la resurrección de la carne.

¡Aún hay delitos de opinión religiosa en esta
patria española!

¡Chitón!

Pasó el año de 1888, tercero de la Regencia,
como pasará la Regencia misma. Y advierto al
fiscal que me lea, que en esto no hay pensamien-
to alguno penable de ninguna especie, pues apar-
te aquello de

«El otoño pasó con sus racimos,
pasó el invierno con sus nieves cano.»

de Rioja, y aquello otro de Manuel del Palacio.

«Todo al cabo pasó; sólo no pasa

una moneda falsa de dos duros

que tengo hace dos años en mi casa.»

entiendo yo, y ha de entender el propio Cánovas
del Castillo, si es que después de las silbas le han
quedado entendederas, que la Regencia tiene con

tados sus días en la Constitución más ó menos interna que le dió vida, aunque precaria, cuan larga puede tenerla una Regencia, pues consta que empezó á ser antes que fuese el propio regido, caso no menos estrafalario en la política que en la gramática.

Pasado, pues, el año de 1888, háse presentado en escena el subsiguiente de 1889, que tiene un rabo endemoniado revolucionario, pues recuerda nada menos que el año en que los franceses cogieron bonitamente á Luis XVI, y de rey absoluto le transformaron en un santiamén en rey constitucional, mutación que supo al monarca á cuerno quemado... naturalmente... y le inspiró tales rabietas y tropezones, que fué en poco más de tres años á dar con su cabeza en el corbatín de la guillotina, de donde la echó al cesto la propia cuchilla que acaba de separar de su cuerpo, demasiado esbelto y atractivo, la demasiado ligera cabeza de ese misterio que no ha sabido averiguar si se llamaba Prado ó Linska, y si era francés ó español, la justicia parisién que le ha condenado á muerte, con un romanticismo judicial excesivamente trasnochado, para un país que hace cien años hizo una revolución que es la madre del cordero, quiero decir, la que proclamó este sublime principio: derecho á la vida y á la dignidad de la vida.

Hallándome, pues, frente á frente del año 89, creo de mi deber saludarle, y le saludaré con estas breves palabras:

Que seas tan sonado en España como lo fué el otro en el mundo, y por razones parecidas; y que si nos has de dejar tan regenteados y fiscalizados como nos hallas, que se te lleven los mismísimos demonios, que yo en ello nada había de perder, pues en el infierno habríamos de encontrarnos, ya que allá me tienen relegado en vida 40 obispos y un pico de arzobispos que me han excomulgado, y ¡quién sabe si también ellos acudirán

allá, como á tierra caliente y por gente alegre habitada!

Ahora debía ocuparme en la denuncia de San Juan de Dios, es decir, hablando como es debido, de la vida de San Juan de Dios, que escribió en el anteúltimo número mi estimadísimo colega el Sacristán Jubilado; pero como este sería el cuento de nunca acabar con la *Profecía de Isaías*, dejo aquel cuento y vuelvo á este, que quedó en el punto mismo en que resucitaban los muertos.

Es decir, los muertos no consta en parte alguna, que sería y formalmente hayan resucitado. Al menos yo no tengo noticia de que ninguno de mis cuatrocientos abuelos, que vivían hace cuatrocientos años, allá por cuando los unos se daban de testerazos á los otros por moros y cristianos que eran, me haya venido á visitar estas pascuas, ni siquiera haya tenido la atención de enviarme una mísera tarjeta, dándome cuenta de su resurrección. Donde quedamos comentando fué cuando profetizó Isaias que los muertos han de resucitar, cosa, como se ve, muy distinta de que los muertos hayan resucitado, ni aquí ni en el Congo, donde también hablan los teólogos de cosas parecidas.

Después de semejante profecía, parece que nadie debería profetizar más, pues eso de resucitar es lo último que puede suceder á un individuo. Pero Isaias, cada vez más aficionado al oficio, sigue profetizando como si tal cosa y escribe lo siguiente:

«En aquel día visitará el Señor con su espada »dura, y grande, y fuerte, sobre Leviatán, serpiente rolliza, y sobre Leviatán serpiente tortuosa, y matará la ballena que está en el mar.»

Cosas ellas que he leído lo menos cincuenta veces, y esta es la hora que aun ni una sola vez he podido entenderlas, dejándoselas íntegras á los católicos que quieran rumiárlas, y al propio

Sr. D. Emilio Castelar, á quien considero capaz de pronunciar sobre ellas media docena de elocuentísimos discursos, de que sin duda sacaríamos lo que el negro del sermón; pero no empecharía á que pasásemos distraídos el tiempo, oyéndole hablar del Eta y del Pelión, de los masage-tas y silingos, de la democracia monárquica y de la República de orden y otras cosas no menos bonitas, propias y adecuadas para la más clara inteligencia de quién sea este Sr. Leviatán y cuál el día en que Jehová ha de hacer una visita *sobre él*, armado de una espada *dura, grande y fuerte*, que pudiera muy bien ser un asador, dado que Leviatán parece una serpiente doble, y para matar uno de estos bichos no hay cosa como un asador.

Y si lo de Leviatán no he entendido, ¿qué dire de esto que viene inmediatamente después profetizado?

En aquel día la viña del vino puro le cantará á él.

¡Una viña cantante! ¡Caracoles con las profecías! ¡Digo á ustedes que tendrán que oír las vi-des garnachas en un concertante!

De sobra sé que los católicos, que todo lo convierten en substancia, tienen la pretensión de entender éstas para mí ininteligibles palabras, y explicar estas para mí inexplicables razones del Leviatán serpiente y de la viña cantatriz.

Al efecto, hacen de Leviatán un demonio, y duplican la serpiente que en el Paraíso habló con Eva, madre nuestra, y convierten la viña en el pueblo de Israel, quedándose tan orondos con la interpretación como se queda Castelar, republicano, cuando ha pronunciado un elocuente discurso en defensa de un gobierno de la monarquía.

Pero como yo no escribo para repetir lo que dicen los católicos, sino para decir lo que yo pienso, repito que no entiendo una sola de las

palabras transcritas, y, que así como se dice de un picaro, el que te conozca te compre, digo de ellas, el que os entienda os comente, y... á casa, que hay fiscales en la cosía y no quisiera que empezara el año con una denuncia.

¡Hace tanto frío en la Cárcel modelo!

¡Andan tan por las nubes los indultos para los periodistas empapelados!

CXXXVIII

Cada vez que pienso que el bueno de Isaias profetizaba la friolera de setecientos años antes de la venida del Cristo, lo que había puntualmente de suceder cuando este viniese al mundo en Belén y en un establo, según rezan los villancicos de Noche Buena y los santos evangelios, me encuentro predispuesto á dispensarle al profeta cualquier deslíz. Porque tiene tres pares de be-moles eso de anunciar una cosa que debe suceder dentro de setecientos años, en un picaro de mundo como este, en que de aquí á mañana cualquiera moza cambia de opinión respecto á boda, y cualquier politiquillo de credo y hasta de salve y de letanía. Por ésto, cuando echando pestes contra los samaritanos, quiere decir, contra los judíos heterodoxos, escribe:

«He aquí el señor valiente y fuerte, como pedrisco impetuoso: torbellino quebrantador, como impetu de muchas aguas que inundan y se derraman sobre terreno espacioso.»

Aunque me pinta un Dios que parece un escuadrón de genizaros, lanzados á la carrera, y aunque me le llama *pedrisco, torbellino y torrente*, y aunque me le presenta aplastando á la mayoría de su pueblo elegigo, ó sean las diez tribus que se congregaron en Samaria, me siento vehementemente inclinado á la benevolencia; porque me imagino que no pintaba Isaias á Dios así como este pudiera y debiera ser en sí mismo, sino que pintaba su propia ira y reconcomio contra los

samaritanos, que ignoro si le habrían hecho alguna perrería, lo que después de todo es sumamente probable y contribuiría á disculpar su lenguaje un tanto tabernario, lleno de fueros y amenazas.

Puesto á ser benévolo con Isaías reparo que lo soy en el punto en que más lo necesita. Pues leo:

«Más aun estos (estos son los judíos ortodoxos, otros pillos como los heterodoxos) á causa del vino no entendieron, y á causa de la embriaguez, anduvieron desalentados: el sacerdote y profeta no entendieron á causa de la embriaguez, trastornados fueron del vino, se desalentaron con la embriaguez, no conocieron al vidente, ignoraron la justicia.

»Porque todas las mesas llenas están de vómito y de inmundicias, sin quedar lugar que no lo esté.»

Palabras gravísimas que nos denuncian al clero en la más remota antigüedad plagado de los mismos vicios que le encontramos en los tiempos medios y en nuestros propios días; porque nadie me negará, que eso de empinar el codo hasta embriagarse, y después de borrachos llenar los manteles de vómito y de inmundicias, que dice el profeta hebreo, ha sido achaque eterno de clérigos de la catadura y empaque de aquel que, según el ilustre poeta español:

«quedándose con los dos

alones cabeceando

decía al cielo mirando

¡ay, ama, que bueno es Dios!...»

El sacerdote, nota bien, lector, el sacerdote y el profeta, dice Isaías que no entendían á causa de la embriaguez, pero guárdate, como del fuego, de sospechar que siendo Isaías profeta le sucediere á él lo que á sus compañeros de profesión, ó colegas, que decimos ahora.

Honradamente declaro que no existe documento auténtico de ninguna clase en toda la *Santa*

Biblia que, si esta sospecha herética te asaltare, autorizara tu impía suposición.

Continuando su misión profética, añade Isaías:

«¿A quién enseñará ciencia? ¿y á quién hará entender lo oído? A los destetados de la leche, á los arrancados de los pechos.»

Lo que significa que, no habiendo hombre maduro ni joven lampiño que le hiciese caso, Jehová se tendría que dedicar á la enseñanza de los mamocillos, lo que tengo por la mayor de las desazones que al buen señor le proporcionaron sus elegidos, y me explica, hasta donde estas teológicas especies pueden explicarse, verle convertido en pedrisco, y en turbión, y en azote, pues ni Dios con ser Dios, esto es, manso de nacimiento y cordero ó borrego de condición, comprendo que pueda llevar en paciencia los lloramicos, terquedades, cabezonadas, mocoserías y otros excesos de los hijos ajenos.

Copio.

«Porque manda, vuelve á mandar; manda, vuelve á mandar; espera, vuelve á esperar; espera, vuelve á esperar; un poquito allí, un poquito allí.

»Porque en habla de labio y en lengua extraña hablará á este pueblo.

»Al cual dijo: Este es mi reposo, y este es mi refrigerio, y no lo quisieron oír.

»Y será á ellos la palabra del Señor: manda, vuelve á mandar; manda, vuelve á mandar; espera, vuelve á esperar; espera, vuelve á esperar; un poquito allí, un poquito allí: para que vayan y caigan de espaldas, y sean quebrantados, y enlazados, y presos.»

Supongo, lector discreto, que después de leer estos cuatro endiablados versículos, te has quedado tan á oscuras como el que baja á una cueva con un candil que se le apaga en el camino, y que así los has entendido como ahora llueven capuchinos de bronce, cuando llover, si llueve, pero

no capuchinos de metal, que al fin y al cabo podríamos convertir en ochavos, sino agua pura que cala hasta el tuétano á los pobres, á quienes los capuchinos de carne y hueso y demás gente cogullada dejaron sin casa en que guarecerse ni camisa con que aguantar el chubasco.

Pues exactamente lo mismo me ha sucedido á mí; que no he entendido el sentido de tantas palabras en esos versículos hilvanadas con un insoportable sonsonete. Pero aquí del padre Scio, sabio traductor con las licencias necesarias, que, presintiendo nuestro estupor en presencia de un Espíritu Santo puesto en castellano, ininteligible para un burgalés, se apresuró á escribir las siguientes anotaciones.

Oído, que interesa.

«Porque estos hombres insolentes» (sin duda son los sacerdotes y profetas que se emborrachan y vomitan en los manteles) «burlándose entre las copas y los brindis de los oráculos» (los oráculos ni brindan ni copean; es una advertencia conveniente, dado lo mal que escribía el padre Scio, que viene á ser un Comelerancete retrospectivo) «del Señor, pronunciados por la boca de sus profetas, repiten sacrilegamente sus palabras, en que dicen: *Esto manda el Señor; esperad un poco y veréis, etc.* Es una *mimesis*, ó acto de remedar y repetir el dicho de otra persona, haciendo fisga y chacota de ella y de sus palabras, y todo esto en tono burlesco y chocarrero. Como si dijeran: nos tienen rotos y molidos los oídos estos profetas santones, repitiéndonos á cada paso amenazas, halagándonos y entreteniéndonos con promesas, cuyo cumplimiento nunca vemos: nos dicen que esperemos un poco y otro poco, unas veces allí, y otras allí; y después de esperar y más esperar, nos quedamos con nuestros mismos deseos, y sin ver el efecto de tantas y tan repetidas promesas. Ved aquí por qué son incapaces estos hombres mofadores y blas-

«femos de que el Señor les comunique su sabiduría ó les dé el don de inteligencia.»

Si estos hombres mofadores y blasfemos, no fueren los borrachones de los vómitos, debo declarar que incondicionalmente formaría en su partido, puesto discurren con una admirabilísima prudencia; los otros, quiero decir, los que se creían á los *profetas santones*, pintiparados son aquellos de quienes dice la coplilla popular:

«Pareces á San Alejo
debajo de la escalera,
esperando la fortuna,
y esa es la que nunca llega.»

Su condición de sacerdotes y profetas, es lo único que me aparta de ellos, pues nunca me agradó andar en malas compañías, amén de que la borrachera vomitona es cosa que me se hace insoportable.

Supongo también, lector querido, que te habrás quedado *in albis*, como vulgarmente se dice, respecto al *habla de labio* del texto, por lo que, para tu mayor ilustración, respecto á las bromitas que gastaron los antiguos elegidos con el Padre Eterno, copio á continuación la nota correspondiente del referido padre Scio de San Miguel, que pudiera con toda propiedad haberse apellidado Machaca, por lo aficionado que fué á repetir las cosas.

Dice así:

«Otros, siguiendo el Hebreo, lo exponen de esta otra manera: *Con labios tartamudos*. Se suelen repetir por mofa y risa las medias palabras que dicen los tartamudos, y el sentido parece ser éste: Este pueblo se burla de mí y de mis profetas; pues yo también me burlaré de él, y le escarneceré. El repite: Manda, vuelve á mandar, etc. Pero yo le hablaré en otra lengua, que no le dará mucho gusto.»

Un pueblo por Dios elegido entre todos los pueblos, á quien ese mismo Dios se toma la molestia de enviar profetas que le revelen el porvenir, to-

mándole el pelo á tan amabilísimo y sapientísimo señor, es la cosa más deliciosa que puede darse, teológicamente hablando.

Y un anotador, que salva con un *parece que quiere decir esto* la obscuridad de un texto divino, es cosa deliciosa también.

Pero Dios, haciendo en la nota el tartamudo, como los sacerdotes y profetas de la borrachera y los vómitos, para escarnecer á su vez á los que le escarnecen, es el colmo de las delicias... libre-pensadoras.

CXXXIX

Dicenme que, donde quizá con más fruición se leen estas *Notas*, es en los cuarteles; por lo cual, y en justa correspondencia á sus favores, debo manifestar á mi buen amigo y correligionario Juan Soldado, que afortunadamente Isaias no profetizó nada, absolutamente nada, acerca de las reformas militares; y que, en consecuencia, nada puedo decirle de cierto acerca de si se llevarán ó no se llevarán adelante; cosa que, además, le debe tener perfectamente sin cuidado, porque en esas reformas no se reforma el rancho, ni se reforman los cuarteles, ni siquiera el uniforme ó la instrucción militar, que es lo que interesa al soldado, y aun á los cabos primeros y segundos, que con reformas y sin ellas habrán de seguir haciendo centinelas inútiles en estas crueles noches del invierno, de donde si salen helados los llevarán á enterrar, así como si se les indigesta la bazofia del rancho los llevarán al hospital, y si se meten en dibujos de política les encerrarán en un calabozo ó les pegarán cuatro tiros.

Las reformas sólo atienden á la suerte y medros de los caballeros oficiales, así de filas como generales, que son el alma del ejército, mientras que Juan Soldado es el cuerpo vil de la milicia, la grosera materia, á la cual ya tienen

dicho y probado los sabios católicos, tanto de los antiguos tiempos como de nuestros días, que se debe tratar á disciplinazos y mortificar de todas las maneras imaginables, para que no se subleve contra la Ley de Dios y la Constitución del Estado.

Juan Soldado eternamente debe vegetar en la helada cuadra de un cuartelillo desmantelado y sucio, sin voz y sin voto, según la opinión de Emilio Castelar, que por entender de todo, debe entender también de esto, puesto que entiende de *modisto*, según ha demostrado en las últimas *floriture* un tanto cursis que ha hecho en el Congreso, donde todavía encuentra almas cándidas que escuchen sus desbarres.

Por supuesto, que entre estas almas cándidas, no cuento los borbónicos más ó menos isabelinos y alfonsistas de la mayoría monárquica que le aplauden; porque éstos ya saben bien lo que se pescan en los discursos del tribuno que se enorgullece descaradamente de haber fusilado dos infelices soldados que faltaron á la disciplina, al tiempo mismo que defiende de tapadillo la obra que ejecutaron dos generales insurrectos.

Tú también sabrás, amigo Juan Soldado, sacar algún día las consecuencias de estas premisas; pero como entre tanto comes mal, vistes mal, tienes mala cama y mala habitación, centinelas duras pero inútiles, guardias pesadas pero tontas, bueno será deleitarte con algo, y como sé que te divierten estas *Notas*, en tu obsequio continuaré el inventario de la Profecía de Isaias.

Que dejé hablando un castellano que, ni aun anoiado por el Padre Scio pudimos entender, aunque sí alcanzamos que el buen Jehová andaba á la greña con los que se burlaban de él, repitiendo con insoportable tartamudeo sus palabras, á modo de fisga y de chacota que de los burladores y fisgones hacia el respetable Padre Eterno.

Hoy le encontramos de nuevo encrespado, iracundo y voceador, profetizando contra la ciudad de Ariel, que viene á ser Jerusalem, de la cual dice que será sitiada y tomada, y después de esto aventados sus habitadores, por hipócritas y vanos.

Esta profecía se cumplió al pie de la letra, no una, sino varias veces, pues consta que á Jerusalem la tomaron cuantos pusieron en ello empeño, de donde surge una grande y terrible pìjoteria, cual es la de determinar á cual de las muchas ruinas de la ciudad maldita se refirió Isaías en este capítulo; pìjoteria que aumenta de volumen y crece en impiedad cuando se reflexiona que también los señores católicos, que se apellidaron *los cruzados* tomaron á Jerusalem de mano de los turcos, así como éstos la habían tomado de los griegos, y éstos de los romanos, y éstos de los sirios, y éstos de los asirios, y de los babilonios, y estos de...

Pues quienes menos han tenido á Jerusalem, capital de la Judea, han sido los judios; y eso que fueron siempre los niños mimados de Jehová.

Por lo que te digo, Juan Soldado, que si llegan á ser como nosotros los librepensadores carne de cañón excomulgada, no les hubiera ido peor en este mundo á esos infelices circuncidados, y que debe importarte dos cominos estar á buenas ó á malas con tu capellán castrense, que aunque sin circuncidar, es de la familia de los levitas.

A continuación de la profecía sobre la ruina de Jerusalem viene otra sobre su repoblación por los *judios* aventados. Y así como antes no sabíamos á qué ruina quedarnos, por carta de más, ahora tampoco podemos por carta de menos, averiguar á cuál de las reconstrucciones de Jerusalem se refiere el profeta.

Pues, aunque el Mesías hace ya cerca de veinte siglos que vino y se fué, según los cató-

licos, esta es la hora, no sabré decir si buena ó mala para la autoridad del vaticinio, que Jerusalem está en poder del sultán de Constantinopla, y los judios... aventados, aunque algunos de ellos muy bien apanaditos, y muy á su gusto á cientos de leguas de Jerusalem, según el fausto que despliegan en sus bailes, á que asisten muy emperegilados los católicos y las católicas, muy á satisfacción mía, porque espero que con el roce y las mutuas explicaciones en un intermedio de un vals á una polka, concluirán todos por reirse como yo de esos mentecatos que todavía toman en serio ciertas farándulas religiosas.

Sucedía en tiempo de Isaías algo de lo que sucede en estos tiempos de Sagasta; quiero decir, que así como bajo el mando de D. Práxedes, arruinados y aburridos los españoles, se largan á la República Argentina por millares, en busca del pan y la alegría que proporeciona la libertad; arruinados los judios por el detestable Gobierno de reyes y sacerdotes perversos, y aburridos de esperar al Mesías que nunca acababa de venir, cogian sus borricos, mulos y camellos, los cargaban con su prole y sus cachivaches, que supongo no serian muchos, y pián piánito se largaban á Egipto, donde les era más fácil agenciarse la manducatoria y no tenían que sostener la caterva de levitas ó presbiteros que se los comían por los pies.

El profeta, en vista de esta emigración, que enflaquecía la ciudad cuando más amenazada estaba por las armas de los orientales, truena contra los que se van, y no pudiendo contenerlos con grillos ni cadenas, les intima los terribles juicios de Jehová.

Los emigrantes maldito el caso que hicieron de las amenazas á plazo indeterminado del profeta, é hicieron perfectamente, porque al fin y al cabo al infierno habian de ir, ya sacrificasen en

la Judea á Jehová, ya en Egipto á Osiris, puesto que Jesucristo aún no era el venido ni bautizado por San Juan con agua del Jordán; pero conviene que aprovechemos la enseñanza que este capítulo contiene acerca del infierno, el cual se describe puntualmente en el siguiente versículo, con el nombre bárbaro de Topheth.

«Porque aparejado está Topheth desde ayer, »aparejado por el rey, profundo y espacioso. Sus »cebos, fuego y mucha leña: el aliento del Señor »como torrente de azufre es el que lo enciende.»

Noticia consoladora si las hay; pues de ella sacamos que Dios es un rey, lo que absuelve de pecado de impiedad á los republicanos, que por motivos honrosísimos de opinión no debemos jamás andar en tratos y componendas con él, escarmentados como estamos con lo que sucedió al pasarse á Napoleón á Emilio Olivier, que no es el único de los Emilios que han salido de la casta de Judas. Noticia alegre, si se encuentra; pues de ella deducimos que, siendo el Infierno espacioso, cabrán en él hogaldamente los innumerables frailes, curas, sacristanes y monaguillos que allá fueron en la amable compañía de monjas, beatas y alcahuetas, y que estando hondo no es de temer que vuelvan por acá á molestartos con sus hipocresías. Noticia, además instructiva, tanto por lo menos como una disertación de Campoamor sobre *lo absoluto*, pues en ella aprendemos que el Infierno se *ceba* con leña, probablemente del valle de las Butacas, donde crecen tantos alcornoques, y que Jehová le enciende, á modo de hornero, no con fósforos de Cascante, sino á resoplidos de su nariz, por donde arroja torrentes de incandescente azufre.

¡Lástima que este azufre no podamos nosotros recogerle en peroles, y, convenientemente preparado, ponerle á la venta en las droguerías! ¡Sería un negocio fabuloso!

El último jugo que podemos sacar de este no-

tición sobre el Infierno, es la explicación satisfactoria del hecho, por tantos teólogos, sin excluir á Ortí Lara, comprobado, del fuertísimo olor á azufre que deja el Diablo siempre que tiene la humorada de venir al mundo, bien para tentar un aprendiz de santo, bien para celebrar algún contrato leonino con algún sabio aburrido como el célebre doctor Fausto, que inmortalizaron Gothe, Gounod y Boito, el uno con la pluma y los otros dos con el violín.

Como Jehová ceba el Infierno soplando azufre encendido sobre la leña, ésta, al arder, derrama por todo el espacioso y profundo Topheth una humareda sofocante impregnada del susodicho azufre, que contamina del consabido olor todo lo que toca, sin exceptuar el rabo, cubierto de pelos grises un poco chamuscados. de Su Majestad Satanás el Soberbio, que por más esfuerzos que hace para enroscarle, recogerle y disimularle, como no se le puede cortar, por estar condenado á rabo eterno, siempre huele, y no á almizcle ni á rosas, aunque de sus esencias se provea en las perfumerías más acreditadas, sino al maldecido azufre de los resoplidos, que hacen de fuelle en este negocio del Infierno.

CXL

Cuentan que cierto magnate de gran pesquis, hablando con cierto príncipe de poco talento sobre las cosas de esta malaventurada tierra nuestra, díjole: Esta es Castilla, señor, que hace los hombres, y los deshace; dándole á entender que aquí cualquier bodoque de la Liga Agraria podría llegar á ministro, si en ello se empeñasen los de Castromucho y Castropoco, unidos á los de Villachica y Villagrande, para pasar después de administrador de consumos á Torrecorta por malquerencia de los de Torrelarga.

Remedando al regnicola, cualquier gabacho, algo más cursado en los negocios de España